

CAPITULO 2: RELATOS CLINICOS

BLANCANIEVES. PERFECCIÓN O MUERTE

Según el cuento de los hermanos Grimm, la reina bruja era muy hermosa y tenía un espejo mágico al que preguntaba quién era la más bella. Durante muchos años el espejo respondía que ella era la más linda del reino. Pero un buen día el espejo respondió: “Tú eres muy hermosa pero hay alguien más bella: Blancanieves.” La reina se enfureció y la mandó a matar. Al darse cuenta de que había fallado, ella misma preparó una manzana envenenada y, haciéndose pasar por una viejecita buena, se la dio a Blancanieves para matarla.

En esta historia se pone en evidencia una rivalidad a muerte entre madre e hija. Esta rivalidad implica la destrucción total de la joven. Es un vínculo caracterizado por el narcisismo de muerte: se juega a todo o nada, ella o yo.

Para la bruja hay un solo lugar. Es una madre que no puede proyectarse en la imagen y logros de su hija sino que los vive como una amenaza y quiere eliminarla por completo. La juventud y la belleza generan tal envidia en ella que prefiere aniquilarla. Se ve eclipsada ante la hija y quiere destruirla a cualquier costo.

EMILIA: EL PODER DEL VENENO

Emilia consultó por primera vez cuando tenía 17 años. En aquel momento se realizó una entrevista con los padres. Ellos relataron que en vacaciones de invierno había tenido un episodio de angustia, no podía parar de llorar a partir de una escena de una película que la conmovió en la que aparecía una solterona que no iba a tener hijos y que, siendo la menor, estaba destinada a cuidar a la madre. Desde ese día, no podía estar sola y temía separarse de sus padres.

Emilia estaba en quinto año y tenía mucho miedo de terminar el colegio secundario, miedo de empezar estudios universitarios, en definitiva, miedo de crecer. Pero además tenía un intenso temor a padecer enfermedades. Sufrió en la infancia un vínculo conflictivo con la madre. Esta le decía que era “insoportable”. La maltrataba culpándola por sus padecimientos. La controlaba con la comida y Emilia creció creyendo que era gorda, aunque luego pudo constatar en las fotos que no tenía sobrepeso.

Su mamá sufría ataques de ira que descargaba en ella. Además, tenía muy mala relación con el padre, al que desvalorizaba frente a sus hijas. Era madre de tiempo completo. Estaba recluida en la casa, ni siquiera asistía con su marido a las reuniones sociales del club. Durante los primeros años, la hermana mayor de Emilia tenía el lugar valioso. Esta situación se invirtió en el comienzo de la adolescencia y Emilia pasó a ser la hija “buena” (estudiosa, responsable, etc.), mientras que Andrea, la hermana, pasó a ser la rebelde insoportable, a quien la madre le advertía que se quedaría solterona por su mal carácter, como antes lo hacía con Emilia. El significante “solterona” como amenaza se repetía y era un tema no resuelto en sí misma que proyectaba sobre sus hijas.

Un recuerdo de Emilia que apareció, y que ha marcado su vida fantasmática, retomado en diferentes etapas de su análisis por su persistencia, fue el temor a que la madre la envenenara. Muchas veces tuvo esta fantasía frente a la comida. Hubo también violencia física. En realidad ambos padres castigaban a sus hijas.

En la adolescencia, se volvió obsesivamente estudiosa y controlada con la alimentación: quería ser vegana y hubo épocas en las que sólo comía verduras. No se permitía darse gustos y la acechaba el fantasma de la gordura.

Quería regresar al período infantil formando parte de sus padres. La crisis que experimentó puso en evidencia los intensos conflictos que implicaba separarse de ellos.

La culpa por abandonar a la madre retornaba en el miedo a ser envenenada, miedo a que ellos enfermaran o les pasara algo en un viaje.

La madre actuó destructivamente porque no pudo resolver su propia situación edípica (fue abandonada por el padre siendo muy pequeña) y nunca pudo darle al esposo el lugar de un padre valioso. Descargó su propio resentimiento contra el marido (a pesar de que no la abandonó) y contra las hijas. De este modo, no podía aceptarlos tal cual eran ni ver a las hijas como sus sucesoras sino como proyección de innumerables frustraciones, quedando así atrapada en la memoria del rencor. (Este concepto ha sido trabajado por Luis Kancyper y lo retomaremos más adelante)

La crisis de Emilia tuvo importancia porque le permitió pedir auxilio y encontrarse con sus padres, que pudieron advertir el daño causado y de algún modo intentar repararlo. A partir del espacio terapéutico, Emilia se fue separando de la madre poco a poco. Luego sus padres se fueron de vacaciones y se quedó con una amiga, hasta que empezó a quedarse sola y no sólo no tenía angustia sino que disfrutaba de su independencia. Pasos similares fue dando a nivel laboral, probando tareas señaladas por los adultos. A partir de recuperar la figura del padre, que también inició un análisis, Emilia empezó a insertarse en el mundo exterior. Pudo terminar la carrera de Ciencias de la Comunicación. Tuvo novio y pudo romper con él cuando se sintió presionada a actuar de acuerdo a su voluntad.

Durante aquellos años de trabajo, Emilia mantenía interés en cumplir con las expectativas de la madre. Sin embargo, también iba permitiéndose explorar sus propias necesidades y rechazar propuestas que respondían más al deseo materno que al propio. Enojarse con la madre sin sentir miedo o culpa fue un gran avance. A pesar de su rigidez, la madre fue aceptando cambios en la familia y reconociendo sus logros.

En esta historia, la madre de Emilia nos recuerda a la madrastra de Blancanieves que prepara una manzana envenenada para eliminarla. Esta madre no acusa a la hija de haberle arrebatado la belleza pero sí la culpa por todas las frustraciones que arruinaron su existencia. En el reparto también hace responsable al padre de todos sus sufrimientos. Lo “insoportable” de la madre queda depositado en esta hija pequeña. Emilia no pudo ver cómo era hasta que fue grande, cuando descubrió que, lejos de haber sido rellenita, fue una nena saludable. Se sometió a una dieta para cumplir con el ideal materno de delgadez y para asegurarse un alimento sano, ¿sin veneno? Al mismo tiempo se impedía disfrutar de la comida. Pero la fantasía de envenenamiento progresaba y se instalaba en el cuerpo, donde cualquier mínimo malestar, temía ella, podía enfermarla. Y el veneno se esparcía también en la familia donde se vivía amargamente. Esta madre estaba “envenenada”, resentida con su existencia donde sólo podía ser una madre furiosa. Estaba prohibido disfrutar, el veneno se esparcía en el padecimiento en el que convivían. En esta familia había veneno: se podían morir los proyectos, las posibilidades. “Te vas a quedar solterona”, “tenés mal carácter” eran formas en las que circulaba el veneno.

Se llegó a un momento del proceso terapéutico en el que Emilia se sentía con mayor autoestima y más posibilidades de tomar decisiones. Propuso una interrupción transitoria del tratamiento. Consensuaron entre analista y paciente retomar el análisis cuando ella lo necesitara.

Años más tarde, Emilia volvió a ver a su terapeuta después de tener su segundo hijo. Con la maternidad abandonó su profesión y no retomó su trabajo.

Según surgía de sus relatos, el marido parecía un hombre débil y poco desenvuelto. Sin embargo, era muy exitoso en los negocios y debido a ello, la familia gozaba de una muy buena posición económica. En una oportunidad llevó una foto de su casamiento: la analista quedó sorprendida al ver a un hombre atractivo y con buen porte.

Se preguntó si ella llegaba a registrarlo así o lo veía como la madre veía a su padre, como a un inútil.

Describió toda clase de contratiempos con los embarazos y la lactancia que no le dejaron ganas de tener más hijos. No sabía qué hacer de su vida, más allá de ocuparse de los chicos. Parecía que la maternidad había acabado con otros aspectos de Emilia. Ya no sabía si le interesaba su profesión. Con el marido discutían continuamente. Ella se sentía exigida, él le reprochaba falta de atención e interés sexual.

Emilia se identificaba en gran medida con la madre envenenadora, pese a que ya no era una solterona. El veneno retornaba en preocupaciones con su cuerpo y con los hijos, a los que, intentando ser la madre perfecta, sobreprotegía. Aparecían síntomas recurrentes: insomnio, problemas para dejar los pañales, problemas de separación en el colegio. Tampoco encontraba una niñera adecuada. Ninguna era suficientemente confiable. No permitía que cocinaran en su casa por temor a que le pusieran “algo en la comida” a los hijos. Resultaba sorprendente el triunfo de la compulsión a la repetición a la manera de “Los que fracasan al triunfar” trabajado por Freud. Bastaba que Emilia se sintiera mejor, para que, de inmediato las cosas empeoraran. Por algún lado llegaba el autocastigo. En el análisis habría que romper nuevamente el maleficio para evitar una posible reacción terapéutica negativa.

Esta tendencia autodestructiva se evidenció cuando empezó a disfrutar de unas clases de tenis con una amiga. Se divertían mucho. En una ocasión, con el teléfono celular llamó sin querer al marido, quien escuchó una conversación en la que bromeaba con su amiga sobre el profesor. El marido se enojó y ella tuvo que suspender las clases. Él quedó con sensación extraña en la garganta, “algo que no le pasa, que no puede tragar.” Emilia se identificó con el síntoma del esposo y empezó a tener tos, luego una flema en la garganta y finalmente un sabor amargo, un reflujo que le volvía con la comida. Cada vez más angustiada, consultó con diversos médicos, quienes le practicaron estudios. No detectaron nada. Pero ya apenas podía comer. Una acidez, un gusto amargo la torturaba sin cesar.

La analista le señaló que no era cuestión de ir a más médicos sino de terminar con el veneno. La propuesta fue asistir a sesión dos veces por semana y revisar qué pasaba con el marido y con esta “vida amargada”. Fue la ruptura de un nuevo maleficio. Pero el veneno persistía. Emilia no podía reconocer sus gustos. Después de muchas indecisiones, recuperó su interés por los idiomas; a través de cursos pudo retomar su profesión. Analista y paciente transitaron como equilibristas una línea delgada donde había que procesar aquello que insistía como “insoportable”.

En una sesión relató lo terrible que era acompañar a su hijo mayor con las tareas. “Tiene mil pruebas, es insoportable. Pobre hijo, no da más. Y yo tampoco, con tanto esfuerzo. Me tengo que quedar clavada, estudiando todo el fin de semana.” La terapeuta cuestionó su enfoque: si tener pruebas es algo habitual en el colegio, ¿cómo se convirtió en semejante infierno? ¿Qué era lo que no podía soportar? ¿Otra vez el veneno invadiendo lo cotidiano? Emilia se calmó y decidió contratar una maestra particular. Era ella la que tenía que atravesar mil pruebas. Lo que le resultaba insoportable era su posición de víctima o victimario, que recreaba el vínculo con su madre a puro goce.

LILA: ESPEJITO, ESPEJITO

Lila tenía 35 años cuando vino a la consulta. Parecía mucho menor por su voz aguda y su manera añorada de hablar. Sin embargo, en su cuerpo contrastaba la cara de niña con las caderas y vestimenta de una persona mayor, dándole la apariencia de una especie de minotauro o cuerpo encastrado en el que coexistían la niña y la anciana. Decidió consultar

cuando volvió a tener contacto con su madre después de 15 años de distanciamiento: la llamaron porque había sufrido un aneurisma.

El relato de su infancia estaba plagado de situaciones de maltrato, descuido y abuso que abarcaban privaciones, torturas físicas y psicológicas y un vínculo materno caracterizado por la crueldad: falta de atención de las necesidades básicas como alimentos y vacunas.

Cuando tenía cuatro años, y sus padres todavía vivían juntos, la madre comenzó una relación con un hombre casado, Rogelio, que pertenecía a las fuerzas armadas. Al padre le iban pasando “desgracias” con la pequeña flota de camiones que tenía: lo llenaban de multas, le pinchaban las gomas con un cuchillo, etcétera. Según Lila: “mi padre vivía en una nube de pedos y no se daba cuenta de que la cosa era para él. O no se quería dar cuenta. Hasta que vino la señora de Rogelio a hablar.”

La madre la amenazaba y la hacía quedar sentada en un sillón con su hermanito cuatro años menor durante horas para salir con su amante. Se recuerda a sí misma muchas horas sentada, inmóvil, esperando. Al regresar a la noche, el padre preguntaba por la madre y Lila tenía que ser cómplice y silenciar con quién había salido. Por las tardes los encerraba en su pieza y fingía que venían sus amigas pero Lila escuchaba la misma voz masculina. Los obligaba a dormir la siesta “para traer al tipo a casa”. Finalmente los padres se separaron y Rogelio fue a vivir con ellos.

La violencia y el abuso quedaron instalados con esta alianza perversa adentro de la casa. Todo era para Rogelio. Lila y Martín, su hermano, comían fideos recalentados y mate cocido. En la habitación de la pareja había una heladerita aparte con cosas ricas.

Rogelio decía “son gordos chanchos” y la madre lo tomaba como excusa para no cocinar y no darles la cena. Sólo preparaba comida para Rogelio. La pareja denigraba y se burlaba del padre hasta quedarse con la plata que les daba a sus hijos. Las descalificaciones verbales e insultos hacia ambos chicos eran continuos: “inútil”, “no servís para nada”. Frases imborrables en la cabeza de Lila.

Durante la adolescencia, la competencia de la madre fue devastadora. Celebraron los 15 años de Lila con una fiesta para adultos amigos de la pareja y sin una torta. La madre sedujo frente a ella a un joven que le gustaba y se lo llevó a la cama. Al estilo de la madrastra de Blancanieves, entablaba con su hija una lucha a muerte. Desde usar su ropa, denigrarla, prohibirle usar el teléfono y despreciar a cualquier chico que se acercara, hasta dejarla presa durante días e incomunicada como castigo. Entre las tareas domésticas que le asignaba había una continua humillación: lavar los calzoncillos y pañuelos sucios de Rogelio. También le encargaba más tareas de limpieza con tal de hacerle perder una salida. Rogelio llegó a amenazar de muerte a un compañero que mostraba interés en Lila e incluso a ella misma, en una oportunidad en que, furioso por el uso del teléfono, la levantó del cuello. Como pertenecía a las fuerzas de seguridad, estaba armado. La madre justificó su reacción por las “rebeldías” de su hija y pidió suavemente a su pareja que no se alterara tanto.

Tampoco faltaron abusos físicos por parte de Rogelio. Además de manosear a la madre delante de los hijos, toqueteó a Lila en varias ocasiones, entrando al baño cuando ella salía de la ducha mientras le refregaba “ves, te toco las tetas y el culo”. Quiso buscar ayuda en la madre pero ella sólo le decía que lo dejara hacer. En Blancanieves y en Lila el mandato materno tenía el carácter de una maldición: “podés estudiar toda tu vida, pero jamás te vas a recibir”, “no vas a tener novio ni amigas”, “no vas a poder tener hijos”.

Así como la reina persigue a Blancanieves hasta la muerte con sus terribles celos y lucha por ser la poseedora de la belleza, la madre atentaba contra Lila vaticinando una muerte en vida, sin afectos, sin logros, sin proyectos. Y le dio la estocada final cuando, después de una pelea violenta, Lila buscó refugio en casa de su tía. A partir de ese

momento declaró que su hija estaba muerta. Desde entonces, nunca más se comunicó con Lila ni recibió sus llamados. Al tiempo, la madre y Rogelio se radicaron en un pueblo recóndito, obligados a huir por las actividades fraudulentas en las que estaban implicados. La pareja tuvo un hijo con el que Lila y su hermano tuvieron muy poco contacto.

La madrastra quería reflejarse ella sola en el espejo. Blancanieves era la amenaza que tenía que eliminar para apoderarse de la belleza suprema que implicaba un único lugar. No hay en la madrastra deseo de hija que permita que el narcisismo de esa madre encuentre vía de expresión en la niña. La manda a matar y pide el hígado y los pulmones para ser devorados. Cuando el cazador (sustituto del padre) se apiada de Blancanieves y la libera en el bosque, lleva las vísceras de un animal que la bruja devora para incorporar las cualidades de la joven: narcisismo tanático que busca erigirse a partir de la destrucción del otro.

En el caso de Lila, la historia presenta rasgos semejantes en cuanto a la primacía de la pulsión de muerte. Si la madrastra intenta matar a Blancanieves a través de un enviado, en la historia de Lila, Rogelio parece cumplir este papel, facilitado por la débil figura del padre que no sale a defenderla y a limitar el poder materno. La madrastra en persona realiza tres intentos de eliminarla: ahogarla con una cinta, pasarle un peine envenenado y, por último, invitarla a comer la manzana mortífera. En Lila, privarla de alimento, no darle las vacunas, encerrarla y darla por muerta a los 18 años de edad muestran el predominio de lo mortífero. ¿Cómo pensar el deseo de esta madre? ¿En qué lugar ubica a su hija? ¿Predomina un deseo de muerte? ¿Qué imágenes transmite? Si para Winnicott el rostro materno es precursor del espejo porque es en él donde un bebé tiene que poder verse a sí mismo, ¿qué pudo reflejar este rostro? ¿Rechazo, vacío, horror? Lila relataba que muchas veces no podía sentirse protagonista de su vida, no podía sentirse en su propio cuerpo. Se veía desde afuera como si se tratara de una película que ella observaba con cierta ajenidad y alienación. De este modo se ahorra el dolor pero pagaba con la despersonalización, falta de cohesión y reconocimiento de sí misma.

La constitución del yo se produce a partir de la mirada del otro que devuelve una imagen completa en el espejo. Se supone que es la madre la encargada de libidinizar el cuerpo del hijo. Tanto en Lila como en Blancanieves, la madre se adelanta y se apodera de la imagen: “¿hay alguien más linda que yo?” Responde no. No cuando usa su ropa, se apodera de su fiesta de 15 y se precipita sobre el muchacho que a Lila le gustaba. Alrededor de los veinte años, y ya viviendo con su tía, Lila hizo intentos de reconocerse: comenzó a salir con un joven deportista. Él le proponía algunas actividades, como salir a caminar y trabajar como modelo para un dibujante. Hay algo congelado y estático dado por su falta de vitalidad. Hay una búsqueda fallida de imagen.

DESHACIENDO EL MALEFICIO: EL TRABAJO ANALITICO

En los primeros tiempos del análisis pudimos repasar la historia de los “no” pronunciados por la madre: no al placer (ni comidas ricas, ni viajes, ni salidas), no a las amistades, no al amor. “Todos los hombres que se te acercan quieren una sola cosa.” “Nunca te vas a recibir de nada.” Poco a poco y con dificultades, Lila fue dando pasos. Se compró un auto. Ella, que nunca iba a poder manejar, se descubrió en pocas clases haciendo cambios y moviendo una máquina que se podía acelerar y frenar. La sensación de libertad que tenía al volante era inmensa. Lila relató paseos en los que se pudo reconocer su audacia para perderse y encontrar el camino, el descubrimiento de lugares nuevos, el resolver problemas por sí misma. Algunas veces salía sola y otras veces en compañía de su padre y hermano, que encontraron en su interés por los automóviles un tema de acercamiento e intercambio. Winnicott trabaja la importancia del uso del objeto. Es una etapa necesaria para dar lugar a la capacidad creadora y a los fenómenos transicionales.

Mientras que, debido al aneurisma, su madre quedó con secuelas irreversibles, como la pérdida casi total del lenguaje y falta de comprensión de situaciones, Lila fue aceptando que ese vínculo se había roto y perdido hacía mucho tiempo. Pudo reconocer que no quería seguir visitando a la madre porque le hacía mal. Las pocas veces que fue a verla, la madre le hacía gestos preguntando si estaba de novia y cuando Lila decía que no, mostraba alegría. Le costaba mucho recuperarse de esas visitas, que la sumían en un estado de vacío y desolación durante días.

En su reconexión con la vida, Lila empezó a hacer cursos de tratamientos estéticos faciales y corporales, actividad que siempre le había gustado. Completó cinco niveles con sus correspondientes certificados, una prueba de que sí podía contradecir el imperativo materno y llegar a la meta. A través del trabajo facial con el que embellecía a sus clientas, lograba indirectamente una reparación de su mundo interno. En su rostro y en el de otras mujeres podía destacar rasgos, ampliar la mirada, embellecer, revirtiendo un maleficio: embellecer y embellecerse como un acto reparatorio de su imagen anulada.

Entabló una relación amorosa con un profesor que dictaba cursos de capacitación. Hubo vaivenes. Lila pudo soltarse. Aunque él tenía episodios de consumo de droga en los que se evidenciaban tendencias agresivas, con esta pareja viajó, compartió tiempo con sus hijos, empezó a tener proyectos. Y también logró ponerle punto final cuando comprobó, ante las recaídas, que él no podía con su adicción.

Recuperarse de esta pérdida no fue fácil. La situación se volvió catastrófica cuando recibió una demanda por alimentos para la madre dirigida a ella y a su hermano. La reaparición de Rogelio, aliado a la madre para victimizarse y exigir alimentos (en nombre del hijo menor de la pareja) invirtiendo perversamente los roles, fue una reedición de experiencias traumáticas infantiles. Tan intensos fueron los efectos traumáticos de la infancia que Lila quedó paralizada en la búsqueda de un vínculo amoroso. La memoria del pavor la llevaba a aislarse y mucho más cuando reapareció en escena la dupla perversa madre-Rogelio.

A las sesiones Lila traía sueños de catástrofes. En uno, iba manejando su auto cuando, de pronto, afuera el cielo se volvía muy oscuro, todo se ponía negro y un viento huracanado abría las puertas. Ella hacía una fuerza tremenda para detenerlo pero a pesar de sus esfuerzos la puerta de su lado cedía. También había repetición de sueños de tsunamis: estaba sola en la playa, tendida en la arena, y de pronto se formaba una ola gigante que veía venir, cada vez más grande. Lila corría desesperadamente para escapar, pero la ola crecía frente a ella, a punto de arrasarla. Además soñaba con fantasmas de poderosas fuerzas que no la dejaban levantar de la cama.

Para Luis Kancyper, “el sujeto capturado en la memoria del pavor es un nómada sobremuriente. Presenta severas perturbaciones para configurar primero y comprometerse luego en un vínculo confiable y sostenido con otro a lo largo del tiempo. No puede involucrarse ni asirse en una situación estable y duradera. La memoria del pavor está regida por las angustias de muerte y desvalimiento.”¹

Estos sueños representaban el arrasamiento ejercido desde el narcisismo de la madre sobre los primeros atisbos de diferenciación de su hija, dejándola una y otra vez devastada, ejerciendo violencia secundaria, según Piera Aulagnier. Entendemos como violencia primaria, aquella que es inherente al vínculo de dependencia entre la madre y el hijo. Esta violencia es estructurante y positiva. En cambio, con violencia secundaria nos referimos a aquella que es intrusiva, impide la diferenciación madre-hijo y resulta siempre un exceso de carácter negativo.

¹ Kancyper, L. (2010). Pag. 164

Por momentos, el trabajo terapéutico se centró en brindar sostén para vencer el terror que experimentaba ante la proximidad de Rogelio. Lila estaba completamente anulada. Ni siquiera registraba su propio terror. Había que ponerle palabras. Durante muchos meses, estuvo abúlica y desconectada. Se le mostró que podían quedarse con una parte de su sueldo y que esto era tremendamente injusto, pero que mucho peor era que otra vez se apoderaran de su vida y la arrastraran a la muerte. Iba del trabajo a la casa y de la casa al trabajo. Ni siquiera salía a pasear con el auto. Hubo que desmontar la nueva operación de usurpación y dominio de la madre que intentaba siempre sacarle algo, lo que fuera.

Con el progreso del análisis los sueños de Lila también cambiaron: “Estoy contenta porque soñé con agua. Pero esta vez, aunque había mucha, yo la podía sacar con el secador de piso y sin problema. Después era sólo un charquito.”

Además logró mayor registro emocional: “¿Sabés que tenías razón? Le tengo mucho miedo a Rogelio y no me quería dar cuenta. Me anestesiaba como cuando era chica, veía mi vida desde afuera como si fuera una película que le pasa a otro. No podía reaccionar.” Lila fue saliendo de ese letargo mortífero y recuperando la conexión libidinal con los objetos del mundo externo. Volvió a los tratamientos de estética y a sus salidas en auto. Abrió los ojos y supo que un vecino tenía interés en ella hacía varios años. Alguien la había estado mirando, conocía sus movimientos, sabía que había estado de novia un tiempo y que últimamente andaba sola. Ella no se había dado cuenta, tan invisible se consideraba a sí misma. A la vez, tampoco lograba ver al otro. Si se guiaba por el pensamiento familiar, no era un buen candidato. El hermano, poseído por los celos le dijo que seguro se fijaba en ella por interés, por su sueldo y su buen coche. Esta vez Lila no escuchó las negativas y descalificaciones de su familia. Avanzó a paso firme y encontró un compañero con el que, al tiempo, se fueron a vivir juntos.

Seguramente la vida de Lila y la de otras pacientes no es un cuento de hadas y no hay “happy ending” ni un colorín colorado. Pero si un análisis tiene como meta que alguien encuentre límites a su padecimiento y pueda vivir con mayor nivel de satisfacción, con Lila el trabajo quedó realizado. Se trató en gran medida de romper el maleficio materno. Tarea ardua, posible, terminable e interminable.

RAPUNZEL

En este cuento de los hermanos Grimm la bruja despechada secuestra a la hija recién nacida de los reyes, pues sabe que su cabello está dotado del poder mágico de curar las enfermedades y resulta así el antídoto contra la vejez y la muerte.

La malvada encierra a Rapunzel en una torre altísima donde crece apartada de todo, convencida de que el mundo es muy peligroso y de que no existe amor más grande que el de su supuesta madre. La única persona que puede entrar o salir de la prisión es la bruja, trepando por la extensísima trenza de Rapunzel.

Un día, inesperadamente, llega a la torre un joven ladronzuelo huyendo de la guardia real. Al verlo, la princesa siente que se le enciende el corazón y la llena de alegría. Con su apoyo, Rapunzel sale a dar un paseo y comprueba que puede valerse por sí misma. El joven la alienta a dar rienda suelta a su necesidad de independencia y a enfrentar los peligros que temía. La princesa le oculta el encuentro a su madre e intenta, en vano, convencerla de que le permita salir de la torre. Ante su rotunda negativa decide huir con su compañero. En su derrotero descubre que sus verdaderos padres son los reyes, que han estado dieciocho años buscándola, y que su gran amor es aquel muchacho que logra liberarla cortándole la trenza que usaba la bruja para mantenerse bella y joven.

Este cuento pone en evidencia una madre posesiva y simbiótica que intenta retener a la hija para sí. El largo cabello de Rapunzel representa el cordón umbilical que alimenta

ese vínculo endogámico, que obstaculiza la salida al mundo exterior y mantiene la completud de la madre. El corte de dicho cordón termina siendo efectuado por el enamorado de la princesa, permitiendo la entrada a la exogamia mediante una nueva alianza.

NATI: CUMPLIRÉ TODOS TUS DESEOS

Bruja: “Te quiero mucho, mi niña.”

Rapunzel: “Yo te quiero más.”

Bruja: “Yo te quiero aún más.”

Nati, como hija de madre soltera y fruto de una relación circunstancial, vino al mundo sin tener un lugar asignado. Por el contrario, debió ganárselo reparando a cada paso las frustraciones de Elba, su madre. Como en el famoso cuento de hadas de Rapunzel, fue víctima de su doble discurso: por un lado, le decía que había hecho todo por ella; por el otro, la abandonaba continuamente, instándola a mostrarse como un modelo a seguir. De esta manera Elba intentaba reparar su propia imagen y demostrar que, pese a haber sido desvalorizada por su familia, podía tener una hija ejemplar.

Otra coincidencia con el cuento es que con una larga trenza de cabello que Nati se cortó de adolescente, Elba se mandó a hacer una peluca. Las dos formaban una unidad simbiótica que completaba sus aspectos opuestos: del lado de Nati quedaban los aspectos valiosos (familia, estudios, ascenso social) y del de Elba, los negativos (mentira, ignorancia, falsedad). En la figura de la madre se jugaba todo el tiempo la dualidad bruja-hada. La primera, sustentada por los hechos de la realidad. La segunda, por el discurso de la madre.

En *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Bruno Bettelheim ²desarrolla esta temática: “Estos dos aspectos de la bruja están claramente delineados en los cuentos en los que el héroe, perdido en el bosque, se encuentra con una bruja, que lo atrae con fuerza y que, al principio, satisface todos sus deseos, mientras dura el vínculo que los une. Representa a la madre de los primeros años que todo lo da, y a la que todos tenemos esperanza de volver a encontrar a lo largo de nuestra vida (...); semeja la manera en que la madre preedípica se presenta al niño concediéndoselo todo y satisfaciendo sus deseos mientras el pequeño no insista en hacer las cosas a su manera y permanezca simbióticamente atado a ella”.

Cuando Nati cumplía con las expectativas de su madre, encontraba en ella un hada. Pero apenas se negaba a hacer su voluntad, ante la mínima pregunta o cuestionamiento, Elba se convertía automáticamente en una bruja que la amenazaba con el desprecio y el abandono. El agravante era que este abandono ya había sucedido efectivamente con su hermana menor, fruto de otra relación.

El embarazo de su madre fue fuertemente rechazado por su familia en Perú, por lo que decidió radicarse en la Argentina ni bien nació Nati. Por supuesto que al nacer en su país natal fue registrada, pero al llegar a Buenos Aires la madre mintió y le volvió a tramitar su documento, esta vez como argentina. ¿De qué nacionalidad era Nati? ¿Cuál era su raíz, su origen? Este sería el primero de una serie de ocultamientos con los que debió cargar a lo largo de su vida. Más tarde tendría que ocultar la verdadera edad de su madre y la existencia de su hermana menor. Nati no debía hacer ciertas preguntas y menos aun pedir explicaciones.

² Bettelheim, B. 2013. Pag. 108

Hasta su nombre fue elegido por una tía. Un nombre que detestará por antiguo y que la llevó a hacerse llamar por el apodo “Nati”. Al igual que Rapunzel, debió descifrar su origen y llenar las lagunas de su historia a través del análisis y de los diferentes vínculos que fue transitando.

Su madre le decía que “era de ella sola”, anulando, entre otras cosas, cualquier inclusión de la figura paterna. Jamás le habló de su padre. Cuando Nati tenía cinco años, Elba decidió convivir con Jorge, su novio, un hombre violento. Desde ese momento, Nati comenzó a sentir que peligraba nuevamente su lugar, pues debía presenciar todo tipo de actos de violencia contra su madre. Actos de promiscuidad, de infidelidad manifiesta del padrastro y de maltrato verbal hacia ella misma.

Jorge portaba armas. Nati nunca pudo olvidar el arma de su padrastro puesta sobre la mesa del comedor, estratégicamente, como elemento de amenaza. Alguna vez fantaseó con usarla para matarlo y terminar con la pesadilla.

En ese momento, su vida era un verdadero martirio. Recordaba que cuando se iba a dormir le pedía a Dios que al despertar estuviera en otro lugar. Pero la cosa se agravó aún más cuando su madre quedó embarazada. Este hombre violento trataba de ahorcarla y la golpeaba delante de Nati, quien se veía obligada a salir corriendo a pedir ayuda a sus vecinos. Cuando nació su hermana, Jana, se incrementaron los descuidos hacia ella. De hecho, repitió un grado en el colegio. Recordaba con dolor el abandono que sentía cuando a los seis años debía ir sola a la escuela. La maestra citaba a la mamá y ella no acudía a la reunión, generándole sentimientos de inadecuación y vergüenza. Nati debía hacerse cargo de la beba cuando sus padres salían a trabajar, con la responsabilidad que esto implicaba. Finalmente, luego de varios intentos, la madre logró separarse de ese hombre malvado.

Cuando tenía ocho años de edad, y dado que Elba tenía que trabajar muchas horas, Nati debió ir a vivir con sus tíos, quienes habían perdido un hijo al nacer. Sólo veía a su mamá algunos fines de semana, ya que ésta muchas veces no iba a visitarla y ni siquiera le avisaba. A pesar de que la extrañaba mucho, ésta fue la época en que tuvo una vida familiar ordenada: la cuidaban, la acompañaban, le festejaban los cumpleaños como a una verdadera hija. El esposo de la tía dejó una marca en Nati, ya que por primera vez sintió el amor protector de un padre que la cuidaba y mimaba. Estas experiencias amorosas contribuyeron a su desarrollo afectivo y alimentaron su autoestima. Juntos iban al cine y paseaban por el parque.

Cuando Nati cumplió trece años la madre entabló una nueva relación de pareja. A pesar del temor de que se tratara de otro hombre violento, se dio cuenta de que este le brindaba cariño y protección. Curiosamente, en este vínculo Elba pasó de víctima a victimaria. Ejercía control y manipulación sobre su pareja a través de sus demandas y exigencias.

Nati conoció una nueva versión de familia cuando, a sus quince años, los tres se fueron a vivir juntos a un departamento. Por primera vez tuvo una habitación propia. Comenzó a moverse en un ambiente social diferente. Si bien armaron una familia, ella recordaba que comía sola en su cuarto y había poca comunicación entre ellos.

ILUMINANDO LA HISTORIA

Rapunzel se sentía atraída y fascinada por las lámparas que se encendían en el cielo en cada uno de sus cumpleaños. Las enviaban los reyes que buscaban a la princesa perdida. Como en el cuento, transcurrió mucho tiempo hasta que Nati pudo preguntar, y si bien, como Rapunzel, creyó en la versión materna de la vida, mantuvo el interés por conocer su verdadera historia.

A los veinte años, inició un tratamiento psicológico que duró un corto tiempo. Lo abandonó abruptamente cuando el terapeuta la interrogó por su sexualidad. Al poco tiempo decidió intentar una nueva experiencia analítica. El motivo de consulta se refería a su indecisión respecto de estudiar Historia. Inmediatamente, aparecieron en primer plano sus vivencias traumáticas infantiles, que habían dejado un profundo sentimiento de ambivalencia hacia su madre. La elección de la carrera tenía que ver con la necesidad de preguntar y preguntarse respecto de su verdadera identidad.

Nati siempre sintió que debía ser una hija modelo y una versión en positivo de su mamá, que había quedado resentida por el rechazo de su familia. De otra manera corría el riesgo de no ser aceptada por ella, quien sutilmente le exigía que luciera inmejorable frente a los demás.

Luis Kancyper³ distingue dos tipos de identificaciones por oposición: las que están comandadas por la reacción en tanto progreso y las regidas por la reacción en tanto retroceso. Y respecto de esta última agrega: “Cuando la regresión se instala, la libido no progresa en su activa búsqueda de los objetos a investir, sino que permanece, en cambio, imantada a los objetos pretéritos, congelándose el fluir temporal, espacial y afectivo.”

Si bien Nati siempre quiso ser lo opuesto a su madre, en ese intento quedaba detenida, complaciéndola, adherida a ella, en lugar de oponerse, provocando un corte al goce materno, para así progresar invistiendo otros objetos, como suele darse en la adolescencia. Tuvo que resolver lo que su madre no podía o no sabía hacer. Elba la obligaba a ser su intermediaria con el padrastro violento para que la perdonara, cosa que le provocaba un profundo odio, ya que ponía en evidencia la gran sumisión de su madre. Cada vez que Nati intentaba confrontarla o interrogarla por las situaciones confusas del pasado, Elba contestaba “del pasado no se habla” y acto seguido agregaba “¿O querés que me sienta mal?” Evidentemente no entendía la necesidad de su hija de llenar los agujeros de su historia y de tejer un entramado simbólico que le permitiera construir un pasado y así proyectar un futuro. No le daba la oportunidad de reparar tanto horror con un pedido de disculpas y el consecuente hacerse cargo.

Nietzsche dice: “El conocimiento del pasado no es de desear sino cuando está al servicio del pasado y del presente y no cuando debilita al presente, cuando desarraiga los gérmenes vivos del porvenir”.⁴ Si Nati necesitaba saber era para poder reconocerse y avanzar. El trabajo del análisis la acompañó en este proceso para que pudiera enfrentar el presente con nuevas herramientas.

Nati no podía confrontar con Elba. Sólo registraba un gran malestar cuando su madre se compraba la misma ropa y comparaba su figura con la de la hija, dando a entender que lucía mejor. Evidentemente no tuvo el espacio necesario para enfrentarla. Cada vez que lo intentaba, la madre le tapaba la boca con el argumento del daño que le ocasionaba a su salud. Sabemos la importancia que tiene la confrontación generacional para el desarrollo de la identidad en la adolescencia. En el caso de Nati, era su madre la que no permitía dicha confrontación. No toleraba ser cuestionada, tampoco reconocía fallas y asumía una posición omnipotente, dejando a Nati sin lugar al ubicarse ella misma como una adolescente.

Al mismo tiempo, Nati con frecuencia se comparaba con las otras jóvenes y sentía que salía perdiendo, lograra lo que lograra, lo que le hacía sentir rencor y despecho. Sus primeros recuerdos al respecto son cuando nació Jana, quien tenía muchos privilegios. Otro recuerdo: a los seis años, contemplaba con envidia a una de sus compañeras, cuya

³ Kancyper, L. 2010. Pag. 111

⁴ Hornstein, L. 2014 pag. 113

madre pasaba a buscar muy tiernamente a la salida de la escuela y hasta le acercaba una merienda.

También debía soportar las palizas que su madre le propinaba por los problemas de aprendizaje que naturalmente tenía. Los recuerdos de estas situaciones la fueron acompañando en el transcurso de su vida. Se podía percibir algo “engañoso” en su proceder ya que, por un lado, iba alcanzando lo que se proponía, lo que según ella sanaría su resentimiento, pero por otro, padecía un gran vacío que la hacía ir por más. Nada alcanzaba para llenarlo. No podía capitalizar sus logros. Había estado ubicada en el lugar de completamiento fálico de la madre cuyo narcisismo estaba fracturado por carencias afectivas primarias.

Por carencias en el vínculo parental y por falta de investidura narcisista, Nati no tuvo un lugar propio sino en función del completamiento fálico narcisista de su madre. Tanto Nati como Elba pretendían encarnar un ideal que obturara los agujeros de su narcisismo dañado y del vacío resultante. De este modo se quedaban adheridas a los objetos primordiales idealizados.

Un profundo resentimiento y el deseo inconsciente de que la sociedad les devolviera lo que la vida les había negado las fue llevando a tratar de cambiar su condición social. Por un lado, comenzaron a vincularse con gente diferente a la de su familia de origen y haciendo grandes esfuerzos por identificarse y emular los logros, comportamientos e ideales que suponían propios de esa gente. Por otro lado, intentaban ocultar su verdadero origen.

Asistiendo a un grupo de jóvenes en un club social, Nati conoció a Juan, perteneciente a una familia muy religiosa y endogámica, quien de entrada la abrazó y cuya madre, Margarita, le brindó una versión especialmente opuesta de la maternidad con respecto a la que su madre le había brindado Elba. A Nati le agradaba y a la vez le dolía comprobar que Margarita hacía por ella muchas de las cosas que hubiera esperado de su propia madre. Internamente entendía que Marga era una mamá y que Elba había funcionado como una hermana "menor", con todo lo que esto implicaba. Juan fue la primera persona que le mostró un afecto incondicional, capaz de hacer cualquier cosa por ella. Después de unos años de novios, decidieron irse a vivir juntos.

Nati se había inventado una especie de catálogo de requisitos a cumplir para poder sentirse plena. De este modo alimentaba su Yo ideal y, al mismo tiempo, satisfacía las expectativas de Elba. La decisión de irse de la casa a vivir con Juan coincidió con el momento terapéutico en que comenzó a cuestionar a su madre. Necesitaba tomar distancia para poder pensar por sí misma. El requisito que seguía era casarse en un año y hacer un gran viaje. El casamiento fue un hito en su vida ya que legalizó su unión con Juan. Por otro lado comenzaba a hacerse imperiosa la necesidad de cortar sus vínculos simbióticos con las familias de origen (una por carencia, otra por exceso) y empezar a armar la propia.

Solía quejarse en sesión de la dificultad que tenía su novio para desprenderse de su familia, donde era considerado el hijo preferido. Pero, a la vez le costaba reconocer su propia limitación para soltar a Elba, dejar de ser una extensión de ella, su reivindicadora.

Durante los preparativos de su fiesta de boda ocurrieron acontecimientos importantes. Por un lado, el reencuentro con Jana, su hermana menor. En un principio se entusiasmó, pero cuando percibió que, paralelamente, Elba también entablaba un vínculo con ella, sintió celos y decidió apartarse. Por otro lado, por primera vez, pudo enfrentar a su madre y, en medio de una crisis nerviosa, reprocharle lo padecido. Esta situación de rebeldía también cayó sobre el tratamiento y como acting intentó abandonarlo, argumentando que no quería enojarse tanto con su madre. Dada su imposibilidad de elaborar sus duelos a través de sentimientos de dolor y odio, se instalaba en su lugar un

profundo rencor que la tornaba exigente e intolerante con quien la quería, su marido o su analista.

Algunas veces los efectos del rencor recayeron sobre la situación analítica. De manera sorpresiva en dos oportunidades decidió suspender el tratamiento. En ambas situaciones, esto ocurrió luego de logros y avances, lo que fue acompañado por cierto grado de angustia. El argumento fue que ya había revisado suficientemente su vida y prefería no hacerlo más por temor a perderlo todo. Con esta actitud obedecía el mandato materno de no preguntar ni preguntarse demasiado. Así, transfería en la analista una figura persecutoria que pretendía volver a despojarla de lo que había logrado. Por otro lado, ella actuaba como un agresor sobre el trabajo terapéutico.⁵

Su intenso resentimiento la llevaba a una demanda sin límites. Nada de lo que había obtenido alcanzaba. Desde ese lugar pedía lo imposible y no podía disfrutar de los logros obtenidos.⁶ Por momentos se identificaba con la madre y no aceptaba las preguntas de la analista. Huía para no “saber”, abandonando el intento de afrontar la vida mediante un *acting*. Se embarcaba en un reclamo interminable dirigido hacia el otro que no podría ser satisfecho nunca. ⁷La terapeuta quedaba entonces ubicada en un lugar de impotencia y confusión: nada de lo que hiciera alcanzaría.

El próximo objetivo a cumplir era ser madre y armar una familia como la que nunca tuvo. El tema de la maternidad representaba una gran incógnita para ella. Temía repetir la historia de su madre y no poder vincularse afectivamente con su hijo. En consecuencia, la asaltaban todo tipo de dudas y temores: no poder concebir, que tal vez Juan no fuera el padre adecuado, que el bebé naciera con problemas, que no fuera el hijo soñado.

Varios meses después de que decidieran tener un hijo, se desataron sendas crisis emocionales, primero la de su marido y luego la suya propia. En un momento de mucha angustia por el estado de su esposo, la analista decidió sumar un nuevo dispositivo al ya existente y estableció entrevistas de pareja semanales. La misma Nati lo había solicitado cuando se percató de que se le estaba escapando de las manos el manejo del padecimiento de su cónyuge.⁸

⁵ Luis Kancyper menciona esta situación: “Esto se vincula con la aparición del resentimiento en la situación analítica. Observamos que en el analizando se legitima una regresiva voluntad de dominio que aspira a imponer un poder retaliativo sobre el analista y sobre el mundo. Aparece entonces la desmesura de sus pretensiones, que no lo hacen retroceder frente a ninguna atrocidad, porque el analizando resentido se considera inocente y sediento de una justicia reivindicatoria. En estos casos, el analista suele representar entonces, en la transferencia, a un pretérito ofensor, y el analizando puede llegar a preferir desquitarse en él mediante un triunfo sadomasoquista, aun a costa de su propia salud. Prefiere vengarse antes que cuidarse”. En otro párrafo analiza los traumas y sus destinos y plantea: “En efecto, en ciertos casos, el sujeto, con el fin de defenderse de los efectos desorganizantes de los traumas, puede ubicarse en el lugar del agresor, mientras que el otro es identificado, transformado y posicionado como un objeto agredido y humillado, sobre el que recaen en forma intrusiva los padecimientos y las humillaciones que el sujeto traumatizado debió soportar pasivamente.”

⁶ Según Luis Kancyper: “El sujeto resentido se ubica como un acreedor arrogante y vengativo: espera obtener lo inalcanzable y tampoco puede disfrutar de lo posible. Permanece esperando que el olmo le de peras, algo que, dada la naturaleza de este árbol, nunca ofrecerá. Sin embargo, el sujeto tampoco puede disfrutar de la sombra y de la dura y apreciada madera que el olmo, por ser un árbol frondoso y corpulento, posee y puede brindar.”

⁷ Freud, S. 1914. Pag. 1683 **Recuerdo, Repetición y elaboración.**

⁸ En *Dispositivos clínicos en psicoanálisis*, Mauer, Moscona y Resnizky plantean el tema: “En consonancia con estas formulaciones pensamos los dispositivos clínicos como montajes complejos, construcciones conjuntas analista-paciente, donde el vínculo es el que va haciendo aparecer las diversas figuras del dispositivo. Es decir, que el dispositivo es el producto del vínculo analítico en transferencia que, a diferencia del encuadre, no lo precede. Pensamos que cada dispositivo se construye en un trabajo conjunto y en colaboración. No está preconfigurado ni es fijo, puede variar en función de una regla inminente. La clave

Comentado [1]:

Comentado [2]:

Partimos de la base que un proceso analítico no tiene por qué cursar con un solo dispositivo. En ese momento la analista consideró que el trabajo vincular vendría a suplementar el proceso analítico que cada uno transitaba individualmente. Se trataba de generar un nuevo espacio que favoreciera una comunicación productiva en relación al conflicto de pareja. El resultado fue que se pudieron escuchar empáticamente y avanzar en su proyecto familiar, despejando a sus familias de origen.

Nati dejó de menstruar durante varios meses hasta que, en medio de dudas y gracias a la intervención de su ginecólogo y al trabajo analítico, quedó embarazada. El día que trajo la noticia del embarazo a su analista llegó angustiada y hasta desaliñada. Pidió que la terapeuta la ayudara, ya que no podía parar de pensar en todas las cosas malas que podían pasar con este embarazo. Estaba pendiente de los síntomas de embarazo o fantaseaba que de pronto todo se esfumaba y no existía ningún bebé.

Ella quería y no quería tener este hijo. No quedaba claro si se embarcaba en esta aventura porque necesitaba cumplir con su “catálogo”, satisfacer a su madre o cumplir un deseo propio. Sin embargo, a medida que transcurría el embarazo, que por cierto cursó sin sobresaltos, logró tranquilizarse y conectar con su bebé con mucho cariño.

CENICIENTA

En este cuento de Charles Perrault, la madrastra de Cenicienta favorece a sus hijas legítimas y humilla a su hijastra. Estamos en presencia de una madre que intenta satisfacer su narcisismo a través de sus hijas, proyectando en ellas sus aspiraciones. Desea que accedan a un matrimonio que les permita mejorar su posición social. Esta madre genera rivalidad entre las hermanas. Por un lado están las preferidas y, por otro, la relegada a un lugar inferior. Dos de ellas deben casarse, mientras la otra debe permanecer en la casa y, probablemente, cuidar de la madrastra, quien le niega el acceso al mundo exterior.

En este tipo de trama vincular se generan conflictos a nivel fraterno, ya que hay predilección y valoración por un lado y humillación por el otro. Se llegan a establecer bandos que colocan a uno de los integrantes como la víctima sobre la que recaen todo tipo de injusticias.

BRUNA: PERFECCIÓN O MUERTE, EL PODER DE LOS MANDATOS FAMILIARES

Bruna era la menor de cuatro hermanos criados por su madre en un pequeño pueblo de provincia. Su padre, Bruno, falleció trágicamente en un accidente automovilístico manejando ebrio cuando ella apenas tenía 6 meses. Era alcohólico. Bruna consultó a los 26 años porque se angustiaba sin saber por qué, le faltaban objetivos claros en el día a día y sufría sentimientos de insatisfacción y vacío aun cuando alcanzaba sus propósitos: “Hay días en que pienso ¿qué hago? ¿Casarme? ¿Tener hijos? ¿Morir? Me queda el 50% de mi vida laboral.” En la primera entrevista reafirmó que la muerte del padre no la había afectado para nada.

La historia de Bruna tiene trazos de un cuento de hadas. Se presenta como la ganadora de dos certámenes de gimnasia artística a nivel nacional. Es muy bonita y tiene una figura muy llamativa. Estos logros fueron la realización del sueño de su madre, quien, por ser obesa, disfrutaba de la esbeltez de su hija, estimulándola en este sentido. La madre seguía su carrera y guardaba todos los recortes de revistas y diarios en los que su hija apareció durante varios años. Bruna vino a Buenos Aires para competir en la disciplina; al mismo tiempo, deseaba ser actriz. Una vez aquí estudió la carrera de Sociología, que

de la validación se encuentra en la lectura a posteriori de sus efectos. Un ‘entre dos o más de dos’ que habilita la producción de aperturas inéditas. Mediante este dispositivo consiguen mejorar su comunicación y aclarar situaciones referidas a la comprensión y tolerancia para construir su nueva versión de familia.”

no pudo terminar. Al comienzo del tratamiento se debatía entre dos caminos: la actividad deportiva o crecer dentro de una empresa.

TRAUMA Y DUELO

“Hay mujeres que buscan un hombre como su padre. (...) A mí no me pasó. Nunca tuve un novio más grande, ni lo tendría. Mi mamá hizo las veces de padre y madre. (...) No sé qué puede ser la falta de algo que no conocí.”

Ya casada y con un hijo, quedó pasmada al advertir que el pequeño extrañaba al padre y lo llamaba angustiado durante una prolongada ausencia. Con esta vivencia resignificó el sentimiento de falta del padre y estuvo muy angustiada.

¿Cómo hacer el duelo sobre algo no recordado, una ausencia que no tiene representación, o al menos no puede ser recuperada? Tampoco hubo un relato posterior consistente que permitiera reconocer esa pérdida, ya que la madre cubría las fallas imponiendo completud: “acá no falta nada”. La figura del padre apenas quedó como un hombre que vivía de juerga, inconsistente y enfermo. Bruna actuaba lo que no podía recordar. Por ejemplo, le resultaba imposible manejar automóviles por temor a matar a alguien.

Según Marilú Pelento, “los duelos acontecidos en la primera infancia no pueden recuperarse a través del recuerdo, lo que exige un trabajo psíquico extra: el trabajo de saber y no de recordar.”⁹ Si bien el olvido es un defecto de la memoria para la psicología general, tomando el pensamiento de Freud nos preguntamos qué se olvida. El mecanismo de la represión recae sobre algunas vivencias que pasan al inconsciente. Pero existen otros acontecimientos que no fueron representados en el psiquismo. En este caso lo que retorna es lo traumático. Queda del lado de lo escindido. Y aquello no representado se repite en acto. Bruna repetía situaciones de riesgo, conductas autodestructivas.

Freud¹⁰, plantea que hay vivencias muy tempranas que no se pueden recordar. Podemos acceder a ellas a través de la asociación libre, de los sueños y de la repetición. El paciente, en lugar de recordar, vive de nuevo aquello reprimido. No lo recuerda sino que lo reproduce en acto mediante la compulsión a la repetición. Bruna se resistía a reconocer el desamparo que dejó la muerte trágica del padre.

En el análisis, a partir de este episodio de su hijo se trató de construir cómo habría sido ella. ¿Habría llamado a su padre? ¿Habría estado triste, asustada, enojada? Bruna intentó reconstruir esa etapa con su madre, pero ella decía no recordar nada. Sus hermanos, que tenían imágenes de ese tiempo, aportaron indicios: uno lloraba y preguntaba, la mayor les imponía callar “para no poner mal a mamá”, asumiendo el mandato materno.¹¹

El universo simbólico de los padres puede facilitar o impedir la pulsión de saber, la que empuja a un examen constante de la realidad con el fin de llenar un vacío de imagen y de conocimiento. Cuando se le niega al hijo la información o se instala un pacto de silencio implícito o explícito se promueve el uso del mecanismo de la desmentida.

En este caso, la madre no sólo desmentía la muerte del padre sino sus consecuencias. Distraía a sus hijas, inventaba cuentos frente a la tragedia y el horror, de forma similar a lo que sucede en la película *La vida es bella*, dirigida por Roberto Benigni. ¿Habría sido un mecanismo de supervivencia, como lo es en el film para sobrellevar los horrores del campo de exterminio? ¿Habría operado la fragilidad narcisista de esta madre que intentó recubrirse a través de proyectarse exclusivamente en la vida de sus hijos? Durante la infancia de Bruna y sus hermanos, cuando faltaba comida, la madre preparaba

⁹ Pelento, M. L. 1988. Pag. 88

¹⁰ Freud, S. Recuerdo, repetición y elaboración. 1914 Tomo 5 Pag. 1685.

¹¹ Freud, S. 1937. Construcciones en análisis. Tomo IX Amorrortu. Pag. 190

la mesa con la vajilla de porcelana y las princesas y los príncipes se sentaban a tomar el té para olvidar que se iban a dormir con la panza vacía. Los pequeños visitaban otras familias pero no tenían que pedir ni aceptar ningún ofrecimiento. Vestidos de forma impecable y con muy buenos modales, a la madre la gente la colmaba de halagos. Las carencias se tapaban. Para creer que un padre puede morir sin que nada suceda, la madre reina embellecía y negaba con ficciones las sombras, el dolor, el hambre y la muerte.

A los 22 años, a Bruna se le cayeron los dientes. Pagó los implantes con el dinero que había ganado como gimnasta. Supo entonces que una mala nutrición pudo ser la causa de la falla ósea en sus maxilares.

Analista y paciente fueron realizando sucesivas construcciones de ese pasado para levantar la represión, en pos de disolver los síntomas. Lo construido permitía llevar a cabo la elaboración necesaria para evitar la repetición en acto de aquello padecido.

EL COMPLEJO FRATERO EN BRUNA

A través de la mirada de la madre, Bruna quedó atrapada en el intento de alcanzar las aspiraciones y exigencias maternas. Durante su infancia fue una niña ejemplar y en la adolescencia accedió al triunfo en dos importantes torneos de gimnasia artística a nivel nacional. Aunque estas experiencias fueron altamente gratificantes, fomentaron en ella la ilusión de perfección. Quedó en el lugar de “la mejor”. Triunfó sobre rivales y también sobre sus hermanos, que tenían cualidades pero no lograban destacarse a ese nivel. A los dieciséis años comenzó a ganar dinero trabajando como modelo publicitaria. Bruna empezó a conocer las consecuencias de asumir responsabilidades tempranamente y la carga de una autoexigencia implacable. Ponía en evidencia un superyó muy severo que la llevaba a grandes esfuerzos para alcanzar el yo ideal. En el transcurso de las sesiones, con su analista pudieron comprobar cómo su apremio con el ascenso económico y laboral tenía que ver con las vicisitudes que pasó su familia de origen, en la que había graves problemas económicos encubiertos, y la falta de seguridad que aporta un respaldo paterno. Bruna encarnó un ideal, reafirmando para esta madre que no sólo nada faltaba sino que ella podía acceder a la perfección.

La madre, además, padecía obesidad mórbida. Sus hermanas presentaban afecciones somáticas. Mientras la madre no podía con su cuerpo que se desbordaba, que no entraba en las sillas y requería una cama reforzada, las hijas asumían la obligación de encarnar un modelo físico a cualquier precio. Pero lo tanático reaparece y triunfa en el cuerpo que se enferma y en la persistencia de una insatisfacción que insiste aun cuando se han alcanzado todos los logros.

CENICIENTA Y SUS HERMANAS

En el origen del cuento, la madre intenta casar a sus hijas con un príncipe para posicionarse socialmente, despojando a Cenicienta de su legítimo lugar en la familia. Esta diferencia entre hijas e hijastra establece una rivalidad destructiva entre ellas. Las hermanastras la humillan, le rompen los vestidos, se burlan con desprecio. Cenicienta tiene que someterse como una criada. En la historia de Bruna, si bien prevalecían el afecto y la solidaridad entre los hermanos, coexistían también intensas envidias y resentimientos que se actualizaban continuamente. A veces era presa de los celos y el rencor al rivalizar con ellos y otras cargaba con el remordimiento de haber sido “la elegida”, “la princesa de mamá”. Fue la pequeña, sacrificada, laboriosa, pobre y cenicienta, pero también la que cambió su suerte, opacando a sus hermanos con sus logros y destreza..¹²

¹² Luis Kancyper sostiene que “El hermano es un semejante demasiado semejante y la primera aparición de lo extraño en la infancia (...) El enfrentamiento con el otro (...) comporta compromisos narcisistas considerables y reactiva, a la vez, los conflictos edípicos.

Durante años Bruna siguió en Facebook a una modelo que había comenzado a trabajar con ella y tenía una carrera exitosa. No podía dejar de envidiarla: contaba sus apariciones en televisión; con sus hermanas comparaba los sueldos, el peso, los viajes, si tenían novio, si sus novios ganaban más o menos que el suyo.

La hermana mayor tenía dos hijos. A partir del embarazo, de Bruna, la otra hermana se conectó con el deseo de maternidad que hasta ese momento rechazaba. Bruna alimentaba resentimiento con cada logro y posesión de ellos. Cuando fue mamá creyó que iba a recuperar el interés de su propia madre, pero sufrió mucho al advertir que ella coronaba a la primogénita y pasaba más tiempo con sus nietos mayores.

El resentimiento surge de la imposibilidad del sujeto de aceptar la pérdida del estado de perfección y completud narcisista. Por un lado, a Bruna le costaba renunciar al lugar ideal de “la princesa”, por lo que combatía cualquier logro ajeno. A su vez, el triunfo sobre sus hermanos la dejaba presa del remordimiento. La insatisfacción ganaba por todos los frentes: si perdía se volvía rencorosa, si ganaba (salir primera en los concursos de gimnasia, ser madre) la culpa la convertía en usurpadora. Por momentos también podía solidarizarse con la hermana en la búsqueda de un bebé y alentarla a realizar tratamientos de fertilidad.

Existen comparaciones que llevan a incrementar el resentimiento contra el objeto considerado poseedor de las perfecciones que egoístamente guarda para sí. Sin embargo, otras comparaciones permiten enriquecer al sujeto a partir del reconocimiento del semejante.

En el análisis, esta dinámica persistía en distintos momentos de crecimiento de Bruna: cambió de trabajo, se casó, se fue a Europa con su marido, quedó embarazada en el primer mes en que empezó a buscar un bebé. Sin embargo, cuanto mejor le iba, más padecimientos acarrearaba. En este caso, como en otros, hemos observado la tendencia a persistir en el sufrimiento tropezando varias veces con la misma piedra. Freud advirtió las resistencias y dificultades de algunos sujetos de abandonar ciertas investiduras de objeto a pesar de causarles intensos sufrimientos. Denominó viscosidad de la libido a esta característica. Algunas personas se aferran a ciertas investiduras que parecen inmodificables o hacen muy ardua la tarea analítica.

Bruna no podía conciliar la imagen de madre y mujer. Su propia madre dedicó su vida a su familia, ni siquiera salió a trabajar después de quedar viuda. Recibía ayuda económica de su familia de origen: “Con la maternidad voy a perder vigencia (...) me va a cambiar el cuerpo, no voy a poder viajar en mi trabajo, ¿quién me va a valorar?”

No podía construir un proyecto vital porque no podía renunciar a nada. Quería mantener su “reinado” y detener el tiempo. Cuando nació su hijo se sentía culpable por perder eficiencia en el trabajo. Y se reprochaba dejarlo en el jardín maternal. Sus manos se brotaron y no podía bañarlo. Fue llamativo un período de reproches a su marido, que pasó de ser el compañero elegido al hombre desvalorizado por no generar más dinero.

En este punto reencontraba en el esposo al padre débil, monetariamente insolvente que, al no poder dar respaldo económico, la enojaba. Ella había tenido que empezar a trabajar siendo una adolescente para cubrir esa falta. De algún modo había ocupado el lugar de Bruno, su padre. Él deseaba otro hijo varón, por eso cuando ella nació le pusieron Bruna. Existía una vía de identificación con el padre que la llevaba en forma inconsciente

“El hijo preferido, se vuelve el injusto hermano usurpador, pues monopoliza las mejores condiciones del medio familiar al apoderarse del sector más valioso del proyecto identificatorio parental.

“Esta situación desencadena sentimientos de rivalidad, celos y de envidia entre los hermanos, e instala al hermano desposeído de una suficiente herencia de potencialidades necesarias para su realización como individuo, en el lugar de un rencoroso ciudadano de segundo grado, al que injustamente le han sido cercenados los derechos y las posibilidades de desarrollo, por culpa del hijo elegido.”

a ponerse en riesgo (estrellarse, descarrilar, morir) y de la cual no tenía registro. En la primera etapa del análisis, fue reconociendo junto a su analista los peligros a los que se exponía y su percepción de la muerte como algo inminente. Pudieron relacionar estos episodios, aparentemente inconexos, con la adicción y la trágica muerte del padre.

En ambos progenitores estaban presentes la adicción y los excesos que dieron lugar a sentimientos de vacío e insatisfacción en Bruna y sus hermanas. Luis Hornstein señala que en las patologías del desvalimiento existe una problemática narcisista ligada al vacío.¹³ (ver pág. X Trastornos narcisistas)

El vínculo fraterno también resultó posibilitador. Bruna abrió el camino de la maternidad para una de sus hermanas, que hasta ese momento no quería tener hijos. De hecho, quedó embarazada cuando el hijo de Bruna tenía casi dos años.

MARÍA: OTRA CENICIENTA, ENTRE EL OGRO Y LA BRUJA

María era una paciente de 40 años que solicitó tratamiento movida por la angustia que le provocaba haberse enterado de que debido a su insuficiencia respiratoria crónica (asma) podría, en el futuro, necesitar un trasplante de pulmón. Sin embargo, de inmediato apareció en primer plano una historia familiar cargada de violencia y todo tipo de maltratos padecidos durante treinta años. Su infancia fue terrible, plagada de mentiras y agresiones. Entre otros abusos, la obligaban a efectuar trabajos pesados que no suelen hacer los niños.

La paciente tenía cuatro hermanos. Uno de ellos se suicidó a los 19 años. El hermano mayor, hijo que su tía materna había tenido con su padre, lo había intentado antes con una sobredosis. Cuando todavía era una niña, María presenció dos episodios en que su madre y su tía también intentaron suicidarse tomando pastillas. La tía estuvo internada en un hospital psiquiátrico y luego pasó a vivir con la familia.

Se trataba de una familia con un funcionamiento a predominio de productividad perversa. La falta de legalidad, el incesto, el no reconocimiento del otro, fue lo que puso en primer plano la imposibilidad vincular en esta familia. No se había podido construir el concepto de lo ajeno.

Esta grave situación familiar producida por un ambiente incestuoso desencadenó en María, además de sentimientos de baja autoestima, desvalorización y depresión, una seguidilla de síntomas orgánicos muy peligrosos e invalidantes para su salud psicofísica.¹⁴ En una sesión en la que se trabajó este tema, María recordó que a los diez años mientras intentaba defender a su madre de la golpiza que le estaba propinando su padre, él le pegó un puñetazo en el tórax que, según ella, le produjo dolores en el pecho durante mucho tiempo. No podía evitar relacionar este hecho con su dolencia posterior.

A los veinte años padeció alucinaciones cuando aún no estaba medicada: veía arañas y alacranes en las paredes. Temía abrir la puerta y encontrar a su padre amenazándola con un cable en la mano. Su esposo la encontraba acurrucada y vestida

¹³ Hornstein, L. (2013) Pag. 113

¹⁴ En *Familias y parejas* (2011) de Bianchi, S. Gomel, S. Matus S. y otros, en el apartado "Velamiento de la imposibilidad vincular", Susana Matus plantea: "La construcción vincular necesita el anudamiento de lo semejante, de lo ajeno, de lo diferente, por lo cual sin ilusión y sin reconocimiento del otro como diferente no sería pensable armar un vínculo. El reconocimiento de las diferencias entre los sujetos facilita bordear el registro de la imposibilidad vincular de una manera menos descarnada permitiendo construir un camino sublimatorio vincular y acceder a un cierto registro de la ajenidad (Matus y Moscona 1995). En contraposición a esta posibilidad sublimatoria, en los funcionamientos vinculares en los que predominan las patologías narcisistas no se produce el velamiento de la imposibilidad vincular quedando al desnudo graves fallas en la construcción del sostén así como déficits en la simbolización de la legalidad y en la posibilidad de diferenciación entre los sujetos del vínculo, entre las generaciones y entre las funciones vinculares."

Comentado [3]:

Falta cita

debajo de la ducha. Era un intento de expiar culpas y limpiarse de las situaciones incestuosas que soportaba a diario en su casa.

Muchas veces, para humillarla, le decían que no era hija legítima, pero cuando intentaba averiguar cuál era su origen, se lo negaban. Hasta llegó a pensar que era hija de su tía, quien mantenía relaciones carnales con el padre en su propia casa. De hecho, aunque estaba loca, ella era la única persona que le brindaba cariño. En otra ocasión le habían dicho que su madre era una vecina con la que su padre había mantenido una relación circunstancial. En esa oportunidad corrió a buscar la libreta de matrimonio de sus padres y encontró que estaba registrada como hija legítima, lo que la volvía a ubicar en una zona de confusión.

Le resultaba difícil deshacerse de intensos sentimientos de culpa y autocastigo. Tendía a cumplir con la profecía enunciada por sus padres: “No serás feliz lejos de tu familia.” Durante el análisis logró romper con la paradoja que le hacía pensar que quedándose atrapada en su familia de origen iba a estar mejor. Lo paradójico residía en que la familia que pretendía cuidarla de peligros externos era la que en realidad la enfermaba. El verdadero peligro estaba *en* la familia. Con esfuerzo, María logró alejarse de ellos sin sentirse culpable, entendiendo que era necesario para su recuperación. Se había dado cuenta de que cada vez que los visitaba sólo encontraba reproches y maltrato. Comprendió que no había nada que pudiera hacer para preservar ese vínculo sin salir lastimada.

UN PADRE TERRIBLE A LA MANERA DEL PADRE DE LA HORDA PRIMITIVA

El padre de María era un ser violento que no sólo agredía a la madre sino que castigaba a su descendencia cuando no obedecía sus órdenes. Tenía el poder de tomar a cualquier mujer de la familia, incluyendo a sus hijas, para satisfacer sus necesidades sexuales y acentuar su poderío sin límite. Cuando María tenía 15 años, al regresar de una fiesta el padre intentó manosearla, argumentado que la quería preparar para cuando tuviera novio. Ella logró huir despavorida y avergonzada.

Con frecuencia, María se acongojaba cuando recordaba que su madre no defendía a ella y sus hermanos de la golpiza que recibían de su padre y que compartía pasivamente la escena, ejerciendo una complicidad perversa. La mayoría de los miembros de esta familia no habían podido ubicarse generacionalmente respetando la ley del incesto. Para ellos la única ley posible era la del padre. Su palabra dotaba de vida o destruía al otro a su antojo, al estilo del padre de la horda primitiva freudiana.¹⁵

El modelo de comunicación preponderante tenía que ver con el uso del mensaje paradójico: todo podía ser y no ser al mismo tiempo. Se creaba así una especie de encerrona, un sin salida que generaba estados confusionales. De esta manera se sostenía la desmentida y la perversidad familiar. Un ejemplo de esto era que, por un lado,

¹⁵ Este mito fue descrito por Freud en *Totem y tabú*: (1912) “En el origen existía una horda en la que un macho jefe reinaba sobre sus hijos y tenía el monopolio de las mujeres. Los machos jóvenes se rebelaron y mataron al macho viejo. En el *après-coup*, los remordimientos y el temor invistieron a este viejo jefe con el nombre de padre y, correlativamente, a los jóvenes con el nombre de hijos. Tras el asesinato del padre, los hijos comieron su cuerpo, comida canibalística que después se perpetuaría en la comida totémica, donde la víctima consumida es un animal. La trama de esta ficción, además de permitir asignar el origen de las religiones y de la cultura en general a la represión inicial del asesinato del padre, constituye una construcción teórica sobre la cual se fundaría el complejo de Edipo, que parece reactivar, en cada sujeto, la cuestión del asesinato del padre y de su represión, y, en la perspectiva lacaniana, la problemática del falo y de la metáfora paterna. Al no confirmar la antropología la concepción freudiana de la horda primitiva, este mito aparece más como un concepto operatorio que como la descripción positiva de una realidad empírica. Sin embargo, permite explicar la referencia frecuente a un ancestro común del que los miembros del grupo serían descendientes.”

catalogaban a María como “puta” por cualquier intento de relación que tuviera con un hombre y, por el otro, la mandaban a embarazarse de alguien de buen rango que le pudieran presentar para conseguir, según las palabras del padre, “una genética importante”. Él mismo tenía relaciones sexuales con las sobrinas y otra tía dentro de la casa, casi sin ocultarse, mientras la madre hacía como que no ocurría nada.¹⁶

Ya desde la base de construcción de esta familia se podía vislumbrar un manejo perverso de los vínculos. Cuando el padre llegó a Buenos Aires para convivir con el tío de María, que era su amigo, entabló una relación con su hermana, dejándola embarazada. Al poco tiempo, arribó la madre de María. Decidió dejar a la primera y se escapó con la segunda. Se trata de familias en las que todo vale porque no hay ley que haga corte. El padre es la ley.

Gomel y Matus mencionan el tema de la transmisión generacional:

“la transmisión de sentidos se produce en dos vías: una consciente-preconsciente jugada a través de la historia familiar tal como es contada de padres a hijos, junto con las costumbres y las tradiciones y una dimensión inconsciente constituida a partir de fragmentos de la vida psíquica de generaciones anteriores convertidos en parte del bagaje de generaciones posteriores. Pero existe otra dimensión de la transmisión que tiene como cualidad primordial no haber podido ingresar al mundo de lo representable, de lo pensable. Situaciones donde lo que no pudo ser procesado psíquicamente en una generación se transmite en su cualidad de vacío a las siguientes, promoviendo ambigüedad y confusión.”¹⁷

Las mentiras eran frecuentes. Mientras María estaba castigada y encerrada en su casa, sus padres argumentaban en la escuela, ante los representantes escolares, que su hija no concurría a clase por estar enferma. Lo mismo ocurrió cuando se suicidó su hermano: informaron a los que preguntaban por él que su hijo había fallecido de un paro cardíaco.

Apenas terminó el secundario, María buscó un trabajo y la obligaron a donar la mitad de su sueldo a la familia, aunque no tenían apremios económicos. A pesar de ello, muchas veces llegaba de trabajar y no encontraba comida para ella. En varias ocasiones, María intentó encontrar una familia sustituta pero cuando creía haberlo logrado la sombra de lo siniestro volvía a empañar su vida y sucedía que ese nuevo ser querido fallecía y la llevaba nuevamente a la depresión.¹⁸

María tenía un sueño recurrente: su hermano muerto venía a buscarla en un tren y ella se negaba a subir, argumentando que todavía no era su hora ya que aún tenía muchas cosas para hacer. Este sueño simbolizaba sus propias fantasías suicidas que eran desplazadas muchas veces en sus constantes desajustes psíquicos y somáticos. Por un lado, tenía proyectos y se esforzaba por concretarlos pero, por otro lado, todo terminaba malográndose, como si una fuerza oscura se encargara de ensombrecerlo todo.

A los 35 años conoció a Alberto quien había padecido situaciones trágicas en el seno de su familia de origen. Por primera vez se sintió amada y protegida. Podríamos pensar que se trató del encuentro entre dos sobrevivientes en referencia a la conflictiva familiar.

Más tarde se recibió de asistente social. En rebeldía contra el padre que la obligaba a estudiar, no quiso retirar el título hasta mucho tiempo después. En el momento en que lo intentó obtenerlo, le comunicaron que adeudaba materias. Esas constancias se habían

Comentado [4]:

Ver cita. Esta referencia parece incomprendible.

Comentado [5]:

¹⁶ Ficha: Paradoja y violencia desde la perspectiva vincular psicoanalítica. (2000) Cecilia Bareinboim, C. Berifein, E., Cordisco, N., Calvo, M., Davidson, B., Dimarco, R., Moscona, S. Neuburger, Vázquez, M.

¹⁷ Gaspari, R, Waisbrot, D (2011) Cap. “Del sufrimiento vincular a la construcción de la ilusión” en *Familias y parejas*.

¹⁸ Freud, S. “Lo ominoso”. 1919. Pag. 244

extraviado en la universidad. Nuevamente la desgracia se apoderó de ella. ¿Azar? ¿Capricho del destino? ¿Un posicionamiento frente a la vida? ¿Falta de investidura libidinal? ¿O todo eso junto?

SUEÑOS RECURRENTE DE MARÍA

En los sueños María solía verse a sí misma en escenas de desamparo y violencia. “Estaba contra la pared, bajo la ducha fría. El agua me pegaba y pegaba y yo sólo gruñía de bronca. Veía a mi nene que lloraba como yo. Mi esposo me despertó pues me escuchaba llorar y me levanté, abracé al bebe y lo llevé a dormir conmigo.”

Este sueño representa su vida signada situaciones traumáticas, el dolor de no poder expresar su bronca e impotencia. Por momentos María dudaba si sería merecedora de esa vida. Solía tener mucho temor de terminar repitiendo la historia de violencia con su hijo. Algunas veces amenazaba con pegarle si no cumplía con sus obligaciones escolares. Por otro lado, el chico había presenciado varias situaciones desagradables relacionadas con sus descompensaciones psicofísicas.

Sin embargo durante el proceso analítico su producción onírica cambió: “Me venía a buscar mi tía. Entraba esquivando a mis viejos, tomaba mi ropa y me rescataba descalza. Llegamos a un lugar con aguas transparentes y peces de colores, ¡algo realmente hermoso! Me desperté angustiada y me prometí que nunca más dejaría que me pegaran ni pegaría a mi hijo”

En este sueño queda plasmada la transferencia positiva con la analista, la esperanza de que podía confiar por primera vez en una mujer y salir de ese universo ominoso que representaba su familia. También aparece la fantasía de que, efectivamente, su tía pudiera ser su madre biológica.

UN INTENTO DE CORTAR CON EL SUFRIMIENTO

Al comenzar el tratamiento empezaron a aparecer modificaciones en su conducta. Estaba mucho más animada y se la veía mejor arreglada, más femenina, incluso quería usar pollera. Por otro lado pudo sostener la distancia física con sus padres.

Al tiempo surgió la posibilidad de mudarse al interior del país. Pudo rearmar una casa nueva y trabajar como asistente social con niños abandonados y maltratados. De este modo intentaba sublimar y reparar el horror de su historia.

Después de este traslado, lamentablemente, María no pudo afrontar la distancia física con su analista y, si bien trataron de sostener el vínculo vía Skype, buscó cualquier excusa para enojarse e interrumpir la comunicación. Su narcisismo dañado demandaba una incondicionalidad imposible.

ALDANA: EL ESPEJO TIENE DOS CARAS:

Aldana consultó a los cuarenta años. Llegó el primer día con actitud desenvuelta y hasta un poco pretenciosa. Era una mujer de aspecto jovial, vestida a la moda, muy llamativa con su largo pelo rubio y ojos verdes muy vivaces. En su presentación gozaba de una vida radiante: bióloga, una hija de 6 años que era un sol, un marido espléndido, también biólogo y perteneciente a una familia unida y encantadora. Su madre vivía con ellos y colaboraba en las tareas de la casa. Sus suegros eran dos personas ejemplares. Tenían una casa en Punta del Este, donde se reunían cada verano, y un negocio familiar que iba viento en popa. Aldana llegó a la primera entrevista con un presente más digno de la revista Caras que del consultorio de una analista. Pero Aldana sufría ataques de pánico. Lo confesó avergonzada y al hacerlo su expresión se transfiguró.

En su historia hubo pérdidas importantes. La muerte de su padre hacía catorce años y un aborto espontáneo con seis meses de gestación. Todo esto lo relataba con

precisión quirúrgica y sin emoción alguna. Parecía estar contando una película de la que era sólo una espectadora. Aportaba detalles, fechas, términos científicos.

En otra entrevista expresó: “Soy hija única, tuve una infancia feliz. Me crié en un pueblo rodeada de tíos y primas a los que adoro. Mis padres eran muy compañeros, siempre juntos, se llevaban muy bien. Eso sí, tenían un problema, tomaban mucho. Cuando uno se emborrachaba el otro se mantenía sobrio y lo corregía. Vinimos de González Catán a Capital. Mi mamá consiguió trabajo de empleada doméstica, mi papá se dedicó a la carpintería. Vivíamos en un monoambiente. Me daba vergüenza que vieran a mi mamá borracha en el edificio. Ella tomaba a las siete de la tarde. Hasta esa hora estaba todo bien. Pero llegaba la tarde y se convertía en otra persona. Hablaba pastosa. Llenaba la casa de humo con el cigarrillo y ponía la televisión a todo volumen.”

En Aldana se advertía una profunda escisión. A través de la desmentida, sostenía por un lado una madre bondadosa que la cuidaba y por otro una madre enferma, vergonzante. Estas representaciones opuestas también se reproducían en el vínculo con su hija: la adorable pequeña que la enorgullecía y la mala alumna a la que no podía evitar gritar, calificar de “burra” y darle tirones de pelo.

Sus padres también se turnaban para tomar ocupando alternadamente el papel de sano y enfermo sin reconocerse en el otro lugar. Cada uno reprendía al otro sin aceptar que padecía la misma adicción al alcohol. Para poder sobrellevar el dolor de la caída de sus padres, Aldana había armado una fantasía omnipotente de autoabastecimiento, poder y perfección.

Esta fantasía la llevaba a realizar grandes esfuerzos y a no medir riesgos, poniendo en peligro su vida. Así llevó adelante un embarazo que los médicos le recomendaron interrumpir por advertir anomalías y que terminó con la pérdida del útero. Con esta fantasía triunfaba sobre la madre alcohólica que no podía sostenerse en pie. Aldana armaba un mundo perfecto e impecable apartándose de un pasado vergonzante donde se había sentido desamparada y relegada. En la irrupción de los ataques de pánico retornaba ese pasado temible que la paralizaba y en el que Aldana no podía confiar en sus fuerzas ni en la imagen de una madre que la tranquilizara. Se trata del retorno de lo desmentido trabajado por René Kaes

Freud describe el mecanismo de la escisión del yo como una defensa frente a un trauma psíquico. Se trata de un mecanismo empleado frente a los conflictos entre el yo y la realidad. Consiste en la existencia dentro del sujeto de dos actitudes psíquicas diferentes, opuestas e independientes una de otra. A diferencia de la represión, la escisión se da en el mismo yo, es intrasistémica y no genera una formación de compromiso. Las dos actitudes coexisten y se mantienen simultáneamente sin afectarse entre sí. Una se dirige hacia la realidad, renegándola; la otra, hacia la pulsión, pudiendo esta última conducir a la formación de síntomas neuróticos (síntomas fóbicos). Freud expresa que las dos partes consiguen lo suyo pero a costa de un desgarramiento del yo que queda escindido, pagando un alto precio por sostener ambos procedimientos.¹⁹

En Aldana la representación de una madre enferma odiada coexistía separadamente de la madre cuidadora. Estas imágenes opuestas se reproducían en el vínculo con una hija ideal y una hija “burra” a la que, como a su madre alcohólica, no le daba la cabeza y le generaba vergüenza.

Decía Aldana sobre su madre alcohólica:

En la adolescencia, cuando no estaban “bien”, me iba, me evadía. Yo pensé que cuando mamá viniera a vivir a casa iba a dejar de tomar, que estando Valentina le iba a dar vergüenza. Pero no. Cuando le siento el aliento quiero desaparecer o que desaparezca. Trato de taparlo pero no

¹⁹ Freud, S. 1927

lo puedo dibujar todo el tiempo. Le digo “andá a dormir”, “Comé una pastilla, ¿qué comiste? ¿Ajo?”

Me di cuenta cuando tenía nueve años. Nunca lo hablé con nadie. Sólo con mi marido cuando vino a vivir a casa. Ella toma mucho. Cuando está así, la maltrato. Me da bronca, siento que se caga en mí. Siempre fue más retraída y vergonzosa, prefiere ver novelas y a Susana Giménez.

Al mismo tiempo preserva la imagen de una madre buena: “A mi mamá la quiere todo el mundo. En casa me ayuda un montón, con la cena, cuida a mi hija Valentina. Me súper ayuda.” También, en la transferencia la analista recibía dos pacientes distintas: una muy agradecida que se sentía contenida por las intervenciones y otra despectiva que evaluaba el edificio, cuestionaba su vestimenta y sus lecturas: “Acá no limpian nada ni reparten las cartas”; “No sé cómo te bancás esos tacos”; “¿Qué lees? Mmm, qué embole.”

Aldana creció tapando, dibujando, desmintiendo el alcoholismo de sus padres. Ella asumió la misión de guardar el secreto y esconderlo bajo siete llaves detrás de sus encantos. A mayor vergüenza e incapacidad de sus progenitores, mayor perfección y omnipotencia. Con un pensamiento mágico asumió la posición de la que todo lo podía.

LOS ATAQUES DE PÁNICO

En el transcurso del análisis surgieron interrogantes. ¿Cuáles eran los peligros para Aldana que desencadenaban las crisis de angustia? ¿Por qué surgieron después de la pérdida del embarazo y de que peligrara su vida? A través de las asociaciones aparecieron recuerdos del pasado infantil, de la adolescencia y del presente. Los estados de intensa ansiedad y los ataques de pánico se daban con mayor frecuencia hacia las siete de la tarde, horario en el que desde los nueve años solía encontrar a su madre alcoholizada. Así como al dar la última campanada de las doce se rompe el hechizo y Cenicienta encuentra la calabaza y los ratones, a las siete de la tarde Aldana se veía confrontada con una dolorosa realidad y con la ruptura de su fantasía ideal. La vulnerabilidad de su madre producía vivencias de desamparo aunque ella intentara ocultarlo. Estas crisis quedaron asociadas a situaciones traumáticas de su historia que despertaron intenso temor y no pudieron ser registradas en su momento.

La angustia surge ante un indicador o señal conectada con el recuerdo de la situación que originalmente provocó el ataque de pánico: el miedo a perder el control y a ser presa de la inseguridad como cada vez que su madre aparecía borracha y su mundo se desmoronaba. El desborde de angustia también era vivido con sentimientos de vergüenza como los que recordaba ante esa imagen: su madre tambaleando al sacar la basura de su casa, ella rogando que los vecinos no se dieran cuenta.

Aldana tenía miedo a revivir el desamparo con la muerte del padre, miedo a la muerte de su bebé y a la propia, asociada a la pérdida de su integridad física a partir de la pérdida del útero. En una oportunidad, al asistir a una iglesia, el olor a flores e incienso le recordó la ceremonia por la muerte de su bebé y empezó a sufrir palpitations y falta de aire. La percepción del olor fue vivida como amenaza de la pérdida de su bebé. La irrupción del ataque de pánico se produce por encadenamientos representacionales de alto nivel de simbolización. Aldana no pudo sostener en brazos a su bebé, tampoco lo pudo llorar.

Se puede conjeturar que con una madre desvalida ella armó una representación de “self en peligro” basada en vivencias de inseguridad e impotencia que intentó compensar con una imagen autosuficiente. Como plantea Hugo Bleichmar²⁰ desde su concepción modular del psiquismo, en los ataques de pánico están en juego las representaciones que

²⁰ Bleichmar, H. 1999.

corresponden al ámbito de la autoconservación. Esta representación del self está en relación a qué capacidad se atribuye el sujeto de controlar el nivel de angustia, de mantener su autorregulación sin enloquecer o desequilibrarse.

Si bien mostraba una imagen segura de sí misma, en el plano laboral Aldana se sentía amenazada por exigencias y con temor a ser considerada incapaz o poco preparada para las tareas del laboratorio. La falta de capacidad intelectual era un rasgo que atribuía a su madre y a su hija “burra”.

Conectar sus emociones con estos recuerdos, salir de la vergüenza y el secreto y renunciar a la perfección, le permitieron disminuir la angustia y dejar de padecer las irrupciones del pánico. En el análisis también fue necesario el trabajo sobre la desmentida, elaborar el resentimiento por los traumas padecidos y la envidia en el vínculo con la hija y en la transferencia.

MALÉFICA

Maléfica es la bruja de la versión de Disney del cuento “La bella durmiente”, de Charles Perrault. Este personaje, como veremos en el capítulo “Madres en la cultura”, retoma el mito griego de Medea de la tragedia de Eurípides. Se trata de una malvada que tiene sus razones para cargar tanto odio y dirigirlo contra la joven princesa. El conflicto es con Henry, el padre de la bella durmiente, con quien había tenido un vínculo amoroso en la adolescencia. Maléfica representaba una amenaza para el rey, ya que le impedía apropiarse del territorio de las hadas. Henry, movido por su gran ambición, traiciona a Maléfica y le corta las alas para entregárselas al rey como prueba de que la había eliminado y así conseguir una posición de poder. En agradecimiento, el monarca le ofrece a Henry casarse con su hija y acceder a la corona como príncipe. Maléfica, movida por el odio y el resentimiento, descarga su venganza sobre la hija de la nueva pareja. En este cuento se evidencia una madre que considera a los hijos como prolongaciones del padre, con quien está resentida, y deposita despóticamente en ellos su agresión contra él. Es aquella madre que también genera enfrenamientos entre el padre y los hijos, poniéndolos en su contra a través de la devaluación de su imagen.

CATA: LA HISTORIA VELADA

Cata llegó a la analista por una convocatoria de un grupo de reflexión de adolescentes. Tenía dieciocho años. No tuvo dificultad para compartir que era adoptada. Participó con mucho interés todo el año que duró el encuentro grupal. Luego de cinco años consiguió el teléfono de la analista en la institución en donde la había conocido. La madre solicitó un turno por la mala relación que tenía con su hija. Concurrieron a varias sesiones vinculares y luego la terapeuta propuso terapia individual para cada una. Cata decidió continuar con la analista y su madre prefirió no seguir con la terapia.

Durante el tramo de la terapia vincular se pudo notar cierta frialdad y distancia de la madre y una actitud evasiva cuando se trataba de profundizar respecto del origen de Cata. Dejaba ver en ella celos y competencia para con su hija, a la que el marido consentía en todo. La única información respecto de sus orígenes que se le había comunicado a Cata era que su madre biológica era una joven de 18 años que no la podía criar y que Cata les fue entregada en el hospital el día en que nació. Los dos padres habían seguido el embarazo de cerca. Salvo esos datos, decían no tener más información. Pero algo llamó poderosamente la atención de la analista: al preguntar si la familia de origen había intentado saber algo de Cata, la madre contó que, cuando tenía quince años, la abuela biológica la buscó pero que el encuentro no se produjo porque Cata se negó. Cuando la analista interrogó sobre este suceso, Cata dijo que no lo recordaba. De todas maneras “no tenía ningún interés de conocer” a alguien que la había “abandonado”. Tanto Cata como

la familia habían construido un muro impenetrable con el objetivo de negar por completo el pasado familiar.

No resulta casual que se sumara al grupo de reflexión, justamente a la misma edad en que su madre la había concebido.

La relación entre los padres de Cata era conflictiva, más bien de autoritarismo y sometimiento de la madre al padre. De hecho, se separaron un tiempo cuando la madre descubrió que su esposo tenía una amante. Por supuesto que de esto casi no se habló en familia, como tampoco se hablaba del tema adopción.

Cata había optado por no tratar ese tema, argumentando que era su decisión no indagar, ya que había sido recibida en un hogar donde le habían dado todo en los planos económico y familiar. No quería enterarse de que su familia biológica podía ser de una clase social inferior. En su actitud clasista y despectiva mostraba el rechazo a su origen. Esto se hacía evidente en el consultorio, donde trataba con soberbia y desdén a la secretaria y al encargado del edificio.

Por otro lado, en cada paso que daba, especialmente en lo afectivo, tropezaba una y otra vez con la misma piedra: su baja autoestima, la falta de confianza en que el otro pudiera amarla, la convicción de que tarde o temprano la abandonarían por alguien más valioso.

Un gran agujero negro oscurecía su vida y la llevaba a padecer un vacío e insatisfacción constantes. Se vinculaba compulsivamente con parejas que terminaban abandonándola o ella se anticipaba a hacerlo antes de que ocurriera. Desde los 17 hasta los 24 años tuvo un novio con el que mantenía una relación conflictiva, signada por una gran exigencia del muchacho que, entre otras cosas, le fue funcional a su necesidad de manejarse como la hija modelo que deseaban sus padres.

Se graduó en Medicina pero a partir de allí comenzó una etapa de rebelión. Pateó el tablero con respecto a su relación de noviazgo y comenzó un camino en busca de sí misma que la llevó a relaciones ligeras con uno y otro hombre, de la mano de episodios de abuso de alcohol y consumo de drogas.

Durante un tiempo intentó hacer la especialización en Psiquiatría pero finalmente dejó en suspenso la profesión. Decidió trabajar de secretaria hasta que, por una recomendación, ingresó en una empresa como vendedora. La especialidad que había elegido iba por el camino de la pregunta y de la necesidad de saber y, justamente, ella no quería o no podía saber ni preguntar.

En una ocasión llegó al consultorio muy angustiada por un nuevo fracaso sentimental. Por cadena asociativa, con su analista volvieron a bordear el tema del abandono materno. Apareció entonces la necesidad de enfrentar el pasado y comenzar a averiguar sobre las circunstancias en las cuales había sido entregada en adopción. De hecho, la fecha de nacimiento sumada al ocultamiento sobre su origen, daban a suponer que podía tratarse de una hija apropiada durante la última Dictadura militar. Al hablar de ello, Cata se puso muy mal, imaginando qué medidas debería tomar con su familia adoptiva. Pensar en pedir explicaciones a sus padres adoptivos y descubrir la verdad le dolía más que averiguar que tal vez no era cierto que la habían abandonado. Con su analista acordaron que fuera una amiga de Cata quien llamara a Abuelas de plaza de Mayo para averiguar cómo era el procedimiento de búsqueda, pero al hacerlo le comunicaron que solamente la interesada podía hacer efectivo ese proceso. Por supuesto, no lo hizo.

Cata hacía grandes esfuerzos para desmentir la realidad e ilusionarse con que el pasado no apareciera. Pero el pasado irrumpía con frecuencia y la llenaba de angustia. En esos momentos muchas veces estuvo a punto de hacerles preguntas a sus padres sobre su origen, pero rápidamente se arrepentía, volviendo a foja cero: "Aquí no ha pasado nada, de eso no se habla."

Un día se fue tan angustiada de una sesión en la que había estado hablando de lo poco que sabía de sus orígenes, que la analista tuvo que acompañarla a tomar un taxi. Al verla llegar con esa perturbación, su madre le dijo: “Sé lo que te pasa, cuando quieras saber pregúntame.” Por supuesto, no preguntó. Nuevamente su madre especulaba con la resistencia de Cata para averiguar su pasado y, obedeciendo al pacto familiar inconsciente, no decía nada. La realidad vincular de esta familia se sostenía a costa de la imposibilidad de correr el velo. Su funcionamiento intentaba mantener una parte de la historia escindida.²¹ Esta familia no permitía llenar los agujeros que Cata tenía en su historia, obstruyendo el recorrido de la pulsión epistemofílica que es la pulsión de saber.

De manera sorpresiva en dos oportunidades Cata suspendió el tratamiento. En ambas situaciones, luego de logros importantes. Cata temía perder la ilusión de tener una familia culta con buena posición económica y un padre incondicional. Detestaba suponer que provenía de una familia de clase baja o marginal. Con esta actitud estaba obedeciendo el mandato materno de no preguntar ni preguntarse, con lo cual, por un lado, transfería en la analista una figura persecutoria que pretendía volver a despojarla de todo y, por el otro, actuaba agrediendo el trabajo terapéutico.

A los 32 años, por primera vez se puso de novia con un muchacho que la amaba y respetaba. Comenzó a cambiar su vida: se volvió ordenada, se alejó de los excesos de droga y alcohol y pudo proyectar un futuro familiar. Pero, inevitablemente y a medida que se afianzaba el vínculo, se desató su tendencia compulsiva a controlar al otro hasta sofocarlo y anularlo. La relación sólo pudo sobrevivir siete meses.

Muchas veces se preguntaba por qué no podía evitar lastimar a su pareja con sus agravios, convencida de que la iba a engañar y abandonar. Con su analista llegaron a la conclusión de que esto tenía que ver con su dificultad para indagar la verdad sobre su origen. En las sesiones se alteraba y exasperaba: “si en tantos años no me buscó mi madre, ¿por qué la tendría que buscar yo?! Además mamá me dijo que no sabe ni el nombre de esa gente.” Como en *Maléfica*, la malvada engaña a la hija ocultándole datos mientras finge cuidarla, la induce a desconfiar de los otros antes que de ella. Cata también parecía haberse pinchado con la rueda envenenada que su madre le tendía, borrando su pasado, y oscilaba entre permanecer ajena a sus orígenes o envenenar con su despotismo al que la amaba. Se identificaba con el agresor, haciendo padecer activamente al otro lo que ella había padecido pasivamente.

Ambas sabían que su madre le había dado información en cuentagotas, lo que producía un escaso interés de Cata por preguntar y saber. En una oportunidad, la madre tuvo un fallido a raíz del cual se enteró de que conocía perfectamente el lugar de procedencia de su familia de origen.

²¹ En el Capítulo 3. de “Dispositivos Clínicos en Psicoanálisis”, Sara Moscona, Susana Mauer y Silvia Resnizky plantean acerca de las realidades psíquicas: “podemos definir las realidades vinculares como construcciones psíquicas que surgen de la contingencia de encuentros singulares, de investiduras recíprocamente significativas. Muestran su eficacia por el particular posicionamiento con que los sujetos del vínculo actúan en dicho espacio y por el modo en que lo invisten. Nos referimos a producciones interfantasmáticas, espacio virtual que –tal como M. Spivakov las describe– decantan del ensamble inconsciente que configuran, van más allá de la suma de fantasías de uno y otro. Se trata de un espacio virtual que posee leyes propias que inciden, movilizan y otorgan vida a esa singular relación. Simultánea y recíprocamente se van configurando subjetividad y vínculo.

“Las distintas realidades vinculares anudan los discursos. Tramas y tejidos asociativos y conectivos habilitan el acceso a escenas y significados olvidados, perdidos o escindidos, que no suelen aparecer en el proceso asociativo de un sujeto aislado.

“El posicionamiento simbólico de los adultos puede indicar, exacerbar u obstruir la pulsión epistemofílica, la que empuja a un examen de realidad con el deseo, en parte ilusorio, de llenar un vacío de imagen y saber.”

En el transcurso de la terapia, su padre enfermó de un cáncer fulminante y murió a los dos meses. Este acontecimiento inesperado fue algo muy duro para Cata, ya que tenía que aceptar que el único ser “incondicional” en su vida dejaba de existir. Pero más dura aun fue la ruptura con su novio, quien cumplía una función paternal.

Cata tuvo varias idas y vueltas en el tratamiento desde los 18 años, momento en que comenzó su experiencia grupal, hasta sus 33 años, en que nuevamente decidió alejarse luego de terminar su mejor relación de pareja. La terapeuta pudo percibir, detrás del profundo dolor por la pérdida que ella misma generó, un triunfo tanático de su destino que la hacía parecer cómoda en esta situación, a diferencia de la incomodidad que le ocasionaban los momentos felices, a los que inmediatamente empañaba con sus celos enfermizos y su desconfianza.